

MANUEL PIAR Y LA BATALLA DEL JUNCAL

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

Son muchas las contradicciones que ha provocado entre los historiadores la gloriosa batalla del Juncal que se libró en el playón del mismo nombre, a kilómetro y medio de la histórica ciudad de Barcelona. Estas contradicciones consisten en las opiniones sobre quién fue el jefe patriota que derrotó al General realista Francisco Tomás Morales. Algunos autores sostienen que fue el General Manuel Carlos Piar; otros, por el contrario, atribuyen esa victoria al escocés Mac-Gregor, quien prestó valiosos servicios a la Patria por la causa de la independencia. Y por último, algunos historiadores como don Eduardo Blanco, dicen que los dos generales patriotas contribuyeron a ganar dicha batalla. No hay duda, tanto Piar como Mac-Gregor fueron guerreros que sobresalieron por su inteligencia y por sus dotes de militares íntegros. Y tanto el uno como el otro eran merecedores de este triunfo. Pero saliéndonos del círculo pasional y extremista y entrando en la imparcialidad, observaremos que el comando de las fuerzas republicanas en el Juncal lo tenía Piar hasta por su graduación. Más no por eso vamos a dejar de reconocer la valiosa y decisiva ayuda que Mac-Gregor prestó en esta batalla. Por tal razón, estamos de acuerdo con la opinión de don Eduardo Blanco. A continuación daremos a conocer la opinión de algunos eminentes historiadores y la descripción de esta batalla, página gloriosa para nuestros anales patrios.

Después de su triunfo sobre las fuerzas realistas que comandaba el Coronel Rafael López en el sitio de El Alacrán, el 6 de septiembre de 1816, el General Mac-Gregor, sin perder tiempo, se dirigió a Barcelona, a donde llegó el 13 del citado mes. Cuando las tropas patriotas tomaron posesión de la ciudad, las campanas de la iglesia doblaban en señal de duelo por la matanza que había llevado a cabo el Coronel López y sus secuaces en la mañana del día doce. Acerca de este asunto escribe el eminente historiador colombiano Fabio Lozano y Lozano: "El 12 de septiembre evacuaron López y sus fuerzas a Barcelona. Los patriotas hijos de esta ciudad se apresuraron a exteriorizar su alegría y a prepararse para recibir en triunfo a los libertadores. Supo esto López, que estaban aún cerca; regresó enfurecido, ordenó degüello y saqueo general, y cuando en la tarde se dirigió apresuradamente a Piritu, sus caballerías chapoteaban literalmente en charcas de sangre; las casas quedaron abandonadas y en las calles los heridos agonizaban entre rimeros de cadáveres. Aquel asesinato colectivo nada tiene que envidiar a las más pavorosas escenas de la

guerra a muerte". Así encontró Mac-Gregor y sus compañeros a la población barcelonesa que, a pesar de la lamentable situación en que se hallaba, les tributó un gran recibimiento. Y cientos de patriotas hijos de esta hospitalaria tierra se incorporaron al ejército libertador.

Después de este infausto suceso, los jefes republicanos se pusieron en contacto con la isla de Margarita, de donde les envió el General Juan Bautista Arismendi armas y pertrechos. También se comunicaron con el General de División Manuel Carlos Piar, que con la división del Llano-alto asediaba la ciudad de Cumaná.

Mientras tanto, el jefe canario Francisco Tomás Morales se hallaba en la Villa de Aragua con fuerzas considerables y ya se disponía a marchar sobre la población oriental del Carito. La noticia acerca de los movimientos de Morales no tardó en conocerse, ya que los primeros avisos los recibieron los patriotas los días 21, 22 y 23 de septiembre. Y fue tanta la alegría que causó en el Cuartel General y a la población barcelonesa la noticia de la proximidad del enemigo, que el propio Mac-Gregor, entusiasmado y lleno de fervor patriótico, reunió las tropas en la Plaza de Armas el día 23. Y en medio de las aclamaciones del pueblo, leyó la siguiente proclama:

"El General en Jefe al Ejército

Soldados! Vengo yo mismo a anunciaros a la faz del cielo, en medio de vuestras banderas victoriosas y de sus brillantes bayonetas, terror de los tiranos: yo, yo mismo vengo trasportado de satisfacción, a anunciaros el día más hermoso de Venezuela y de vuestra gloria: el día que la Providencia destina para poner a vuestra independencia el sello de la eternidad, y conduciros en triunfo por entre las bendiciones de los pueblos al seno de la capital. El brazo de la Justicia eterna ha traído al impío y criminal Morales a expiar al filo de nuestra espada la sangre de nuestros hermanos, sacrificados a su furor estúpido en la oscuridad de los bosques, y aun en los templos mismos del Señor, que el sacrilego ha osado profanar, sin respeto a los hombres ni a la Divinidad.

"Preparaos, soldados, para marchar a vengar los insultos hechos a nuestra religión, y al desprecio con que aquel cobarde ha mirado la sangre americana, vertiéndola en los patíbulos, ya que era incapaz de hacerlo en los combates. Marchemos, amigos, después de dar solemnes gracias al Todopoderoso, que precipitándolo en el proyecto insensato de presentarse delante de la invencible División del Centro, lo ha arrastrado a la entrega e inevitable ruina que por tantos crímenes y sacrilegios tiene merecida.

"Cuartel General de Barcelona, Setiembre 23 de 1816.

G. Mac-Gregor"

Inmediatamente después, "un repique general de campanas —anota el General Carlos Soublette en el Boletín número 7—, y el toque de la diana, acabó de exaltar el entusiasmo de la División que ya estaba impa-

ciente por marchar al enemigo. Hubo por la noche una brillante iluminación en la ciudad, música y vivas repetidos por las calles". Y agrega: "Apenas se había concluido, cuando inesperadamente se recibió aviso de la boca del río de haber arribado una flechera conduciendo al General Piar, que a la primera noticia oficial del movimiento de Morales, venía a nuestro socorro, siguiéndole por tierra a marchas redobladas la mayor parte de su División. Pusiéronse luego nuestras tropas sobre las armas para recibir con todos los honores militares a un Jefe tan intrépido y famoso". Ese día, 24, Piar desembarcó en la boca del río Neverí, en Barcelona. Y allí aguardó a la División del Llano que envió por tierra bajo las órdenes del General barcelonés Pedro María Freites, quien llegó el 25. "Y el 26 —dice Soublette— a las tres de la tarde avisaron nuestras avanzadas que el enemigo había llegado al Juncal, y tomaba posiciones como para aguardarnos".

El Juncal es un terreno extenso, llano y salitroso por quedar a poca distancia del mar. Está situado a pocos kilómetros de Barcelona. Encuéntrase rodeado de matorrales y de algunos pantanos. El 26 de septiembre de 1816 las fuerzas enemigas acampaban en la planicie del Juncal, cerca de unos bosques. Mientras esto pasaba, por el atardecer de ese mismo día, la oscuridad de la tarde protegía al ejército patriota que se ubicaba en la parte llana del Juncal, la cual estaba rodeada de vegetación tupida, lo que precisamente impidió que los realistas advirtiesen la presencia de las fuerzas libertadoras en sus cercanías. ¡Y en la noche, bajo un mismo cielo, los ejércitos enemigos durmieron a media legua de distancia! Al despuntar el alba del 27 de septiembre, el ejército venezolano dio el toque de alarma y de inmediato se alineó para presentar batalla. El número de soldados con que contaban los patriotas era de unos dos mil. Así vemos que en ese ejército encontrábanse los que combatieron en El Alacrán, como unos mil quinientos hombres. También contaban con las indias de los célebres caciques de Barcelona, Tupepe y Manaure, a quienes el Libertador les confirió el grado de coronel por sus útiles servicios en favor de la causa. Y quinientos republicanos que Piar había traído de la ciudad de Cumaná bajo las órdenes —como anotamos anteriormente— del General Freites. Piar, quien dirigía las operaciones militares, dividió su ejército de la manera siguiente: el General José Tadeo Monagas se situó a la derecha. Los Generales Mac-Gregor y Carlos Soublette en el centro. Y Piar con Freites en el ala izquierda. Los patriotas tenían cuatro piezas de artillería.

Sobre el número de las fuerzas enemigas que estaban bajo el mando de Francisco Tomás Morales, los historiadores, en su mayoría, han considerado que las huestes realistas alcanzaban a tres mil, cifra en que difieren el Coronel Juan José Conde y también Torrentes. El primero dice en sus "Memorias" que fueron mil cien y el segundo mil veintidós. Otros, han dicho lo contrario, que Morales sí contaba con tres mil infantes. Así lo sostiene con argumentos el famoso historiador don Francisco Rivas Viña, en su libro "Las Guerras de Bolívar", tomo II, cuando dice textualmente: "El contingente de Morales se estimó en 3.000 hombres por los patriotas, y los autores españoles solo atribuyen poco más de mil. La verdad debe estar más cerca de la primera cifra que de la última. Morales

había llevado cerca de 800 hombres en su marcha sobre Ocumare y esperaba refuerzos, en el camino incorporó las partidas que huyeron al aproximarse la columna de Mac-Gregor y las que fueron derrotadas por él en Oneto, San Sebastián, Chaguaramas y Quebrada Honda y tal vez recogió algunos dispersos en Alacrán, contingente que en total no deben haber sido inferiores a 1.500 plazas. De este modo —continúa—, sin contar los elementos que Moxó pudiera haberle enviado en el camino, ni la incorporación de otros destacamentos realistas, la disponibilidad mínima de Morales era de 2.300 hombres; no creemos ser exagerados estimando sus fuerzas en Juncal en más de 2.500 plazas". Como hemos visto, casi todos los historiadores han tenido la incertidumbre con respecto al número preciso de soldados con que combatió el jefe realista.

Morales dividió su ejército del modo siguiente: el ala derecha estaba bajo las órdenes de los Comandantes Poseto, Francisco Rosete y Alejo Mirabal, quien fue el primer teniente de José Tomás Boves. La izquierda al mando de los Capitanes Narciso López y Tomás García. Y el centro que constituía la retaguardia bajo las órdenes de los Comandantes Juan Bonalde y Juan Macerón. Es decir, que Morales organizó su ejército de un modo triangular.

La batalla empezó a las siete de la mañana del 27 de septiembre. Los primeros en abrir las hostilidades fueron los patriotas sobre la izquierda y el centro de las tropas del rey Fernando VII. El ala derecha al mando —como anotamos arriba— de Poseto, Alejo y Rosete atacaron con efectividad por tener mayor fuerza bélica a la débil izquierda republicana que contaba más o menos con quinientos hombres, los cuales estaban cansados por el viaje de Cumaná bajo las órdenes de Piar y Freites, quienes hicieron grandes esfuerzos por contener el empuje del enemigo. Pero a medida que se encarnizaba la batalla, la izquierda libertadora cedía ante las nutridas descargas de los realistas. En vista de esto, y en medio del fragor del combate, las cuatro piezas de artillería con que contaban los patriotas irrumpieron produciendo consternación en las filas enemigas. "Pero Morales —escribe Lozano y Lozano—, experto militar como era, no abandonó sus posiciones, en las cuales lograba controlar la inferioridad de su caballería". Y agrega: "Piar, con el propósito de hacerlos retirar lo más posible de sus posiciones, se finge derrotado. Los contrarios tragan el anzuelo, y se lanzan en su persecución. En ese momento Mac-Gregor toma la bandera del batallón de "Honor", que rige Anzoátegui, y ordena avanzar a la bayoneta. La caballería de Monagas (José Tadeo) carga con verdadera rabia, en tanto que los cañones siguen logrando certero blanco. Piar vuelve caras de improviso y acomete violentamente. Sobreviene el desorden, y nada puede ya el desesperado empeño de Morales". El centro y la derecha realista fueron aniquiladas por el General Monagas, quien los persiguió hasta batirlos. La batalla terminó a las doce del día. En el campo del Juncal solo quedaron muertos, heridos y prisioneros. Los patriotas contaron quinientas bajas realistas, tomaron cuatrocientos prisioneros, quinientos fusiles y todos los bagajes y armamentos del enemigo. En este combate perdió la vida el feroz Francisco Rosete. Quero y Tomás García quedaron heridos. Algunos historiadores refiriéndose a las bajas republicanas, dicen que tuvieron 17 y cien heridos. Esto es inadmisiblesi

se considera la proporción de soldados que combatieron. Las bajas patriotas tuvieron que ser mucho más, debido al elevado número de soldados realistas.

Morales logró huir con unos trescientos hombres por las tupidas montañas de San Bernardino y llegó a la población de Clarines, donde tuvo noticias de que las fuerzas libertadoras le perseguían, por lo cual continuó su marcha y atravesó de orilla a orilla al río Unare y de allí prosiguió hacia la embocadura del Tuy, hoy la del Guapo. A través de toda esta obligada retirada, el jefe realista cometió hechos abominables, logrando reunir ochocientos hombres, los cuales estaban dispersos por las continuas derrotas que sufrían a manos de las huestes libertadoras.

Ahora bien, el punto que ha provocado discusión entre los historiógrafos es el que se contrae a si el General Piar fue el vencedor o fue Mac-Gregor. En honor a la verdad, ambos jefes fueron guerreros de gran talento militar y tanto el uno como el otro eran merecedores de esta victoria. Pero entrando a razonar y basándonos en la historia, diremos que el General en Jefe Manuel Carlos Piar, quien era el jefe supremo de los ejércitos que combatieron en El Juncal por su alto rango militar, fue el que dirigió las operaciones y trazó los planes para librar dicha batalla, la cual —como se sabe— fue ganada por su ejército bajo el mando directo de Mac-Gregor, Soubllette y Monagas, quienes a la sazón eran sus subalternos, que le obedecían sus órdenes. Lo único que se le ha criticado a Piar fue, según lo publicado por J. J. Conde en 1839 sobre esta batalla, el hecho de haber abandonado el campo de batalla porque consideraba el combate perdido. Se retiró sobre Barcelona, y después regresó al campo de batalla para recoger los frutos de la victoria ganados por el General Mac-Gregor en tan cruenta acción. Referente a esto último, en verdad, no sabemos si esa relación que dejó el citado Coronel Conde, quien para la época de la batalla se encontraba prisionero de los realistas, está libre de mezquindades y de egoísmo contra la recia personalidad del General Piar. Debe tomarse muy en cuenta que Piar era mirado con emulación por parte de muchos jefes patriotas, debido tal vez a su alta graduación y a sus virtudes de militar, reconocido por los jefes y oficiales del rey Fernando VII.

Por otra parte, es de tomar en consideración que Piar mandando junto con Freites una fuerza tan débil la cual apenas alcanzaba a quinientos soldados —cansados por el viaje que hicieron de Cumaná a Barcelona— fue a esta última ciudad en busca de refuerzos, mientras Mac-Gregor y Soubllette, que contaban con fuerzas suficientes resistían los constantes ataques de los tres mil realistas, fuerza superior a la de los patriotas. Cuando Piar, pues, regresó al campo de batalla se encontró con que el combate se había decidido a favor de sus tropas. Ahora, es de advertirse, que si Piar hubiera perdido esta batalla, la responsabilidad se la hubieran imputado a él, por ser el jefe del ejército y por tener el comando en dicha batalla, la cual, como se sabe, fue ganada brillantemente. En suma, él fue el jefe victorioso que agregó otra página gloriosa a nuestros anales patrios.

La verdadera importancia de la batalla del Juncal se traduce, no solamente en la completa derrota que le dieron las fuerzas republicanas a los realistas, sino en la muerte del sanguinario español Francisco Rosete, quien murió en el fragor del combate. Este realista siempre se caracterizó por sus crueldades, durante la guerra de la independencia. Su fama se extendió por todas las provincias de Venezuela. Gozaba de tanto renombre, que cuando murió en el playón del Juncal, los patriotas sacaron la siguiente canción que más luego se hizo canto popular:

*“En Urica murió Boves;
en el Alacrán Quijada;
en el sitio El Juncal,
Rosete y sus camaradas”.*

El comandante Rosete, realizó hechos execrables por los años de 1812, 13 y 14. Sus atrocidades las describe el Libertador en una importante carta que escribió el 18 de agosto de 1815, en Kingston, al señor editor de “The Royal Gazette”. En esa carta dice lo siguiente de Rosete: “El jefe español Rosete, en el pueblo de Ocumare, cerca de Caracas, resuelve igualar a su compatriota Zuasola y exceder a todos los demás en crueldad. Sus desgraciadas víctimas fueron sacrificadas al pie del altar de nuestro Salvador en donde se habían refugiado y no se dejó que escapara ni uno solo de los ministros de nuestra santa religión. Las víctimas de Ocumare dejaron esta vida y fueron a unirse a los millones de seres humanos que han sido sacrificados en la América del Sur. Rosete, entre otras torturas de su invención, hacía arrancar a sus víctimas la piel de las plantas de los pies y los obligaba a correr o andar sobre la ardiente arena hasta que, exhaustas sus fuerzas, expiraban”. Y agrega: “A otros los hacía atar a los postes y, después de arrancarles las entrañas, los dejaba para pasto de los insectos. El jefe español Trujillo entregó al monstruo Rosete a su hijo único, nacido en América del Sur, para que corriese igual suerte”. El físico de Rosete lo describe así el ilustre historiador venezolano don Juan Vicente González: “¿Quién era ese Rosete, vencedor de Arismendi? Un jefe digno de las turbas que guiaba, sin mandarlas. Rechoncho, de una blancura sucia, de andar convulsivo, coronábale una calva innoble; dos ojos desiguales y saltados acechaban desde sus sienes, y arrojaba de los abismos de su pestilente boca, amenazas y blasfemias. El crimen abyecto había encontrado su figura; el delirante, el bufón, el energúmeno, el ebrio tenía cóleras frenéticas y sanguinarias; los cuervos le seguían por el olor... ¡Triunfante eso! No, el crimen no es el filtro que esfuerza y vigoriza, sino el veneno que emponzoña y mata...”.

Haciendo un poco de historia sobre la vida de este jefe realista que causó tantos estragos en los pueblos venezolanos, observamos que a principios de 1812, Francisco Rosete, era un simple pulpero en el pueblito de Taguay, hoy jurisdicción del Estado Aragua. Allí lo encontró Antoñanza, y después de haberlo conocido, lo nombró Teniente Justicia mayor del pueblo de Camatagua. A partir de ese día, Francisco Rosete, quien antes era considerado como un hombre humilde e inofensivo en el mencionado pueblito de Taguay, desencadenó inesperadamente una terrible persecución y matanza de patriotas a la par de José Tomás Boves. Su vida

cambió totalmente, su modo de ser y su carácter se transformaron, convirtiéndose en un hombre rudo y enemigo de la sociedad y de la religión. Sus hechos nos lo cuentan. En una de tantas crónicas que narran los detestables hechos realizados por Rosete, nos resalta la figura de este militar español, no como un humano, sino como un archimonstruo, carente de sentimiento humanitario. Verdad de esto es lo que vamos a tomar de la "Gaceta de Caracas", que dice: "Rosete a la entrada del Libertador de Venezuela, huyó a lo interior del Llano, pero poco después se reunió con algunos bandidos, y con ellos asaltaba y robaba los pueblos indefensos. El de Taguay, S. Redactor, se hallaba en este caso, por haberse retirado la corta guarnición que en él había no sé con qué designio). Entonces supimos todos sus vecinos que Rosete, cuya fama de asesino y sanguinario nos era bien conocida, se acercaba a él con la partida de ladrones que le acompañaban. Yo entonces con mi familia la de los Isturris y la de D. Rafael García y Suárez, nos escondimos en los montes. Por desgracia fuimos descubiertos, y aunque escaparon los Isturris, no sucedió a sí mismo a D. Rafael García, y a los demás, que fuimos aprendidos por Rosete. Nada diré de los ultrages y dicterios que entonces recibimos de aquel feroz Español; pues todavía me estremesco quando considero, que al desgraciado D. Rafael García mandó a quitarle aquel tirano, las palmas de los pies; lo que se executó con la mayor crueldad, para hacerle así caminar, dexando estampadas huellas de sangre desde el monte hasta su casa, donde a presencia de su muger y diez hijos que tenía, le hizo sacar, vivo aún, los lomos, y enseñárselos antes de expirar, para hacerle más dolorosa su muerte. Este hecho parecería increíble, si no fuese testigo de él todo el Pueblo de Taguay, que ha visto estos horrores. Tanto más lamentable ha sido este cruel asesinato, quanto que D. Rafael García era un hombre de un corazón humano y compasivo, el que daba hospitalidad a quantos pasaban por aquel Pueblo, y que había colmado de beneficios al mismo Rosete". Este fue, amable lector, la clase de hombre que murió en la batalla del Juncal de Barcelona. Desaparecer aquel hombre era salvar muchas vidas inocentes. Así lo consideraban todos los republicanos.

Esta es, pues, uno de los aspectos principales que ofreció la batalla del Juncal, fuera de ser el combate más importante del oriente venezolano por haber triunfado las fuerzas libertadoras.